

Abril  
1916

# PACIFICO

## MAGAZINE

Precio:  
UN PESO



# Recuerdos de un inglés

El mejor amigo de don Isidoro Errázuriz

Por

ARMANDO DONOSO

Con fotografías

¿Quién es Mister Warthon Peers Jones? He aquí lo primero que se preguntarán los que no hayan oído una vez siquiera el nombre del súbdito más simpático de Su Majestad Británica. Mister Jones, como familiarmente le dicen cuantos le conocen, es el tipo de un inglés flemático, nervioso en el hablar, reflexivo, enérgico, decidido a todo, así se trate de esconder el lucero del alba. El gringo Jones, como le llaman los porteños, es un hombre popular: sus correrías, sus amistades, sus audacias, andan en todas las bocas y le han creado un aureola de leyenda, audazmente heroica.

Desde la edad de veinte años se encuentra en Chile y desde entonces se ha radicado entre nosotros. Su vida actual es la tranquila existencia de un hacendado a la moderna, entusiasta, laborioso, infatigable. Vive durante todo el año en la hacienda Las Mercedes, un precioso fundo orillano del río Maipo y situado en los faldeos de los cerros de la costa. Entre flores, entre árboles, cerca de la rústica gente labriega, entregado por entero a las faenas agrícolas, cultivando la tierra fecunda, allí le encontramos a este inglés curioso que parece desmentir a los de su raza en el amor que ha demostrado por otra nación que no es la suya. Casi medio siglo ha vivido entre nosotros Mister Jones; mas, a pesar de todo, habla nuestro idioma con dificultad, muy cerrado, como cualquier inglés que no hubiese permanecido por acá más de uno o dos años.

Una tarde de estos tibios comienzos del otoño le hemos ido a sorprender en su rincón campesino. El ferrocarril nos ha llevado basponerlo así despuéscé de lo que mediaba

mos echado a cruzar campos, y esteros, y riachuelos y caminos pedregosos. Cerca de los cerros, siguiendo el curso del Maipo; dejando a nuestra izquierda fértiles y floridos campos, e internándose poco a poco tierra adentro por el valle central, hénos aquí que hemos llegado al pintoresco y deseable retiro de Las Mercedes. Una casuca pequeña, como escondida entre naranjos; un arroyuelo de agua clara que discurre; frescas arboledas y vastos potreros donde retozan pacientes vacadas y ágiles jamelgos: allí vive Mister Jones como cualquier hacendado chileno que no le concede más importancia a su vida que la de alimentarse y enriquecer. Pero, esto no es todo: si hurgáis en sus habitaciones daréis de manos a boca con un detalle significativo que os tocará muy adentro en vuestro amor propio de chilenos: en el comedor lo primero que se advierte es un escudo chileno y luego un fonógrafo, cuyo primer disco os hará oír la Canción Nacional. Porque Mister Jones quiere a este obscuro terruño transandino como sólo puede querer a su esposa y a sus hijos: aquí ha logrado la fortuna que encontrase tranquilidad, corazoncitos francos, bienestar, amigos fieles.

Habláde un instante de don Isidoro Errázuriz y habréis tocado la fibra más sensible de sus cariños. Para Mister Jones don Isidoro ha sido todo: amigo, mentor, consejero, maestro. Jamás un hombre tuvo tal veneración por un amigo; nunca un amigo hubiera estado dispuesto a realizar los sacrificios que Mister Jones hubiera podido hacer por don Isidoro. En sus instantes de tristezas, en sus días de triunfo, en sus horas alegres, en

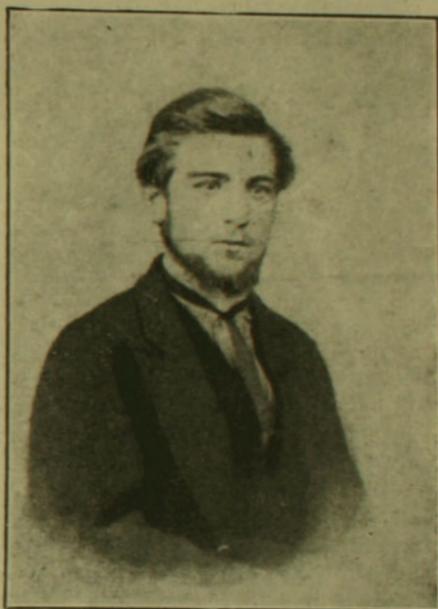
sus campañas electorales, en sus viajes, Mister Jones fué la sombra benéfica del gran tribuno. Si cruzan ambos la cordillera y don Isidoro se queda rezagado en mitad del camino, Mister Jones volará rápido en busca de auxilios; si el grande hombre público desea tramitar un negocio importante con el Presidente Balmaceda, allá aparece su amigo inglés, solícito, alegre, decidido. A donde quiera que vaya don Isidoro Errázuriz, allí estará Mister Jones. Nunca pudo juntar el destino dos hombres que más se integraran en un todo perfecto, en sus cualidades: Errázuriz todo corazón, abierto, generoso, espontáneo; Mister Jones, solícito, tesorero, esforzado, activo, enérgico, ordenado.

Una afortunada casualidad trajo a Mister Jones a estas tierras de Chile: salido de su patria muy joven, llegó a América, atraído por la actividad que comenzaba a despertarse en los países indo-latinos, donde sus energías presentían vastos campos de acción. Más, la dirección de su destino parecía estar fijada de antemano, no de otro modo se comprende el salto brusco que dió desde la residencia panameña a donde lo habían trasladado sus sueños, hasta el rincón de la apartada tierra chilena que, en adelante, había de llegar a ser su segunda patria.

Andando los años Mister Jones comenzó a ser entre nosotros un elemento de imponderable interés internacional: sus muchas relaciones con los hombres de Gobierno, su nunca desmentida lealtad, su amor extraordinario por nuestro terruño, le conquistaron bien pronto una confianza honrosa que él ha sabido pagar con el oro de cuantos sacrificios. Innúmeras misiones delicadas ha desempeñado con tacto y acierto tales que, aún cuando no tuviera más títulos que esos para nuestra gratitud, su nombre se tendría ganado un buen sitio en el corazón de cada chileno y en las páginas de nuestra historia. Durante los días de la guerra del Pacífico, en las horas aciagas del 91, durante la presidencia de don Jorge Montt y de don Federico Errázuriz Echaurren, Mr. Jones ha servido al Gobierno en misiones confidenciales delicadísimas que los años dejarán estampar en letras de molde. Hoy no sería posible dar a la publicidad sus pormenores sin herir grandes intereses y relaciones estrechísimas.

Esta vida inquieta, errante, variadísima y pintoresca, como la del más interesante personaje de novela, nos había atraído siempre con singular predilección: fué preciso, no más, que un día don Guillermo Pérez de Arce nos facilitara el camino ante Mister Warthon para decidirnos a recoger, en la charla cotidiana, sus frescos recuerdos de ayer, sus correrías de joven, sus amistades de antaño y, sobre todo, la evocación de su íntima camaradería con don Isidoro Errázuriz.

Mister Jones es jovial, franco, espontáneo. Su memoria feliz le permite recordar sucesos



Primera fotografía tomada en Chile en 1867

y personas con todos sus detalles más íntimos. Su lenguaje es una mezcla curiosa de inglés y de español, pícaramente salpicado de giros y vocablos autóctonos de esta tierra.

Cuando le preguntamos:

—Mister Jones, ¿cuándo y cómo llegó a Chile?, él sonríe, cavila un momento y luego nos responde:

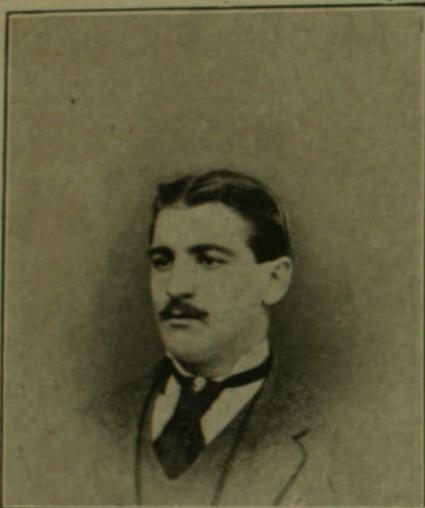
—Ya ni me acuerdo. Pero, vamos a ver, haciendo un empeñito.

—Soy todo oídos...

—El año 66, 1866, trabajaba en Panamá, a donde había ido desde Inglaterra a la pesca de perlas. Allí tenía yo un pariente, un primo hermano, que era cónsul en Panamá.

Pues bien: a principios del 66 me dió la terciaria y estuve bastante grave. Entonces se me presentaron facilidades para trasladarme a Chile en el vapor "Paita" y no vacilé un instante. Llegué a Valparaíso e inmediatamente trasbordé a otra embarcación que iba a Puerto Montt, a donde llegué sin novedades dignas de mayor atención. Viví en casa de un caballero Hoffmann, durante mes y medio, hasta que sané completamente de la terciaria. Cuando me fui a Puerto Montt yo parecía un esqueleto, y cuando volví al norte, ya venía gordo y sano.

—¿Regresó a Valparaíso?



Mr. Jones durante su estada en el Perú, como agente confidencial de don Nicolás de Piérola

—No; llegué a Talcahuano y después me trasladé a Concepción.

—¿Tenía usted bienes de fortuna o venía a Chile con el propósito de trabajar?

—¡Pues, ya lo creo que venía a trabajar! Recuerdo que buscando en qué ocuparme en Concepción me encontré con un señor Palominos, fotógrafo, que hablaba inglés; y como yo era algo aficionado a este arte, él me instó para que me empleara en su taller, situado en la calle del comercio, donde estuve trabajando con él seis meses. Por aquellos años no estaba aún construido el ferrocarril longitudinal y era menester realizar los viajes en coches tirados por seis caballos.

—¿Qué recuerdo agradable conserva de

aquellos años de su residencia en Concepción?

—El de una amistad que no olvidaré nunca: la que me brindó don Pedro del Río Zañartu, a quien conocí entonces.

—¿Cuándo abandonó Concepción?

—Va a verlo usted. Durante mi estada en aquella ciudad, llegó el coronel peruano Balta, a quien conocí tan de cerca, que, al cabo de algunos días de franca amistad, me invitó a que me fuese con él al Perú. Sin mucho cavilar acepté, y héme, tras una larga navegación, viviendo en Lima, con el coronel y cerca del Gobierno, pues era Presidente de aquella República el hermano del coronel. Pero, queda lo mejor por contar. Cuando estalló la revolución de Gutiérrez contra Balta, entonces fui comisionado por su hermano para trasladarme a Iquique a fin de buscar todo el dinero posible: nos fuimos a Iquique y una vez allí hicimos una recogida de quinientos mil soles de plata y, cuando el vapor volvía de Valparaíso para el Callao, nos embarcamos de nuevo y, al acercarnos al Callao, entrando por el canal angosto de la isla de San Lorenzo, se quebró un eje de una de las ruedas del vapor, teniendo que entrar al puerto con una sola rueda. El capitán se portó muy bien. Nos arrimamos a un pontón de propiedad de una compañía norte-americana, que mandaba el capitán White, y ahí depositamos el dinero. Pronto nos dieron la noticia que el Presidente Balta había sido asesinado durante esa misma noche por un sargento. Una hora después fui comisionado por Balta para ir a Lima a comunicarle a los amigos de su hermano su llegada, a fin de disponer lo que se podía hacer con el dinero y las medidas que eran menester tomar contra los Gutiérrez. Volví en la misma noche con carta sellada para el coronel Balta y al día siguiente, en la noche, tomaron por asalto el fuerte de Santa Rosa del Callao, donde estaban los hermanos Gutiérrez, quienes fueron trasladados en calidad de prisioneros a Lima, donde se les colgó en las torres de la Catedral y luego quemados en la plaza pública con parafina. Después de ésto me dió miedo quedarme en Lima, y me vine a Valparaíso en el vapor "Panamá". Y volví de nuevo a Talcahuano, donde el señor Rolfy Llater había iniciado el ferrocarril de Talcahuano a Chillán. Estuve presente cuando se puso el primer riel y en el banquete, que duró tres días y tres noches, ve-

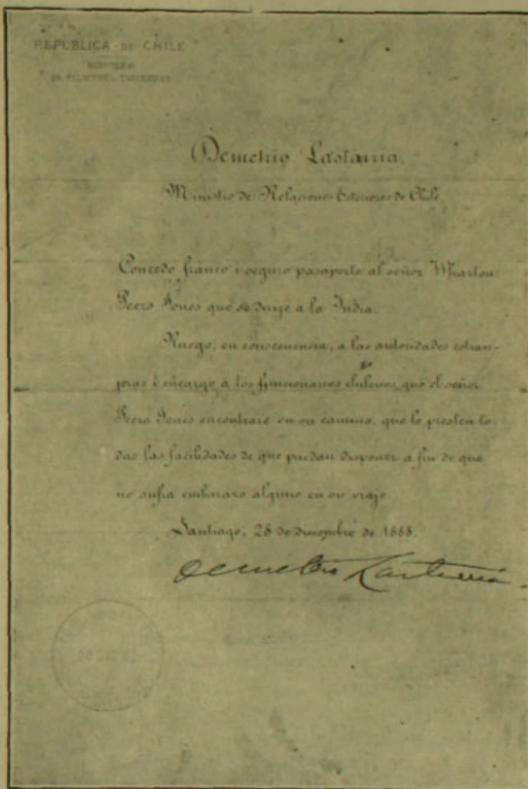
ificado en un galpón que había en Talcahuano, donde actualmente existe la estación de los ferrocarriles. Trabajé algún tiempo con estos señores en diferentes obras del ferrocarril, hasta que un buen día llegó un buque, el "Talismán", a tomar carbón en Talcahuano, donde venía don Nicolás Piérola. Hice amistad con el señor Piérola gracias al intermedio del señor Palominos, quien me invitó a ayudarlo para la revolución que estaba formando. Lo acompañé en el "Talismán" hasta el puerto de Quinteros, donde me dió varias comisiones que cumplir. Pero los intentos revolucionarios fracasaron por falta de oportunidad y fondos. Luego regresé nuevamente a Valparaíso y estuve empleado hasta que me trasladé a Santiago, encargándome del contrato con la Municipalidad por nueve años, para formar el Parque Cousiño, que concluí de formar. Tomé el Parque el año 72.

—De su estada a cargo del Parque Cousiño, ¿qué recuerdos conserva? ¿Data de ese tiempo su conocimiento de don Isidoro Errázuriz?

Rápidamente, con nerviosidad, Mister Jones me responde:

—Sí. En ese tiempo era municipal don Jacinto Núñez, dueño del diario de "La República". Tuve amistad muy estrecha con dicho señor y como pasatiempo me tomó de cronista *ad-honorem* en su diario. El cronista jefe era Vicente Grez. En ese tiempo era don Zenón Freire Intendente de Santiago y don Miguel Philipi del Fierro y don Víctor Aldunate Carretera regidores del Parque. Yo conseguí el contrato de arrendamiento del Parque por intermedio de don Vicente Pérez Rosales, quien me brindó su amistad paternal desde que llegué a Santiago, pues traje de Valparaíso una carta de recomendación para él. En las propuestas para el contrato del Parque tuve que competir con treinta contrarios. Yo conseguí el contrato por mil pesos al año: entradas de coches, patentes, todo era para el empresario... Durante una conversación que

tuve con don Jacinto Núñez y don Vicente Grez, me dijeron que el señor don Isidoro Errázuriz tenía deseos de adquirir uno de los hermosos perros que yo tenía. En el acto le mandé uno de regalo. La contestación al regalo fué una invitación a almorzar con él al día siguiente. Y desde ese día seguí cerca de él en mi inolvidable amistad. Con una parte de la ganancia que tuve en el Parque Cousi-



Pasaporte dado por el Ministerio de Relaciones a Mr. Jones

ño el año 78 compré diez mil cuerdas de terreno en la provincia de Llanquihue, a cincuenta centavos la cuerda. Ahí fué donde hice mi iniciación en la agricultura. Alcané a juntar algunos miles de vaquillas, que en ese tiempo se vendían a un peso cincuenta cada una. Construí casas e hice muchos trabajos en dicho fundo, y ahí estaba cuando reventó la guerra del Pacífico.



Retrato de Mr. Jones, tomado en la época en que era ayudante del coronel Balta en el Perú

—¿Cuándo volvió a Santiago?

—Entonces, a causa de la guerra, tuve que abandonar mis negocios en el sur y dedicarme de lleno al Parque, porque todos los días iban a formarse los regimientos y como eso me traía buenas entradas, tenía que vigilarlos, por supuesto. En esa época visitaba mucho el Parque don Aníbal Pinto, el Presidente, y yo tenía ocasión de conversar mucho con él, sentado en la isla larga del Parque: hablé mucho sobre la guerra con él, y su benevolencia llegó hasta el punto de comisionarme asuntos muy delicados relacionados con la guerra contra el Perú. Fuí a Lima tres veces, trayendo datos muy importantes para el Gobierno chileno. Después me comisionó otra gestión muy reservada en Antofagasta, durante el tiempo en que se reunía el ejército para la toma de Pisagua.

En efecto, partió al norte Mister Jones y, arriesgando su vida en centenares de ocasiones, realizó buscas informativas que a otro cualquiera hubiesen arriesgado por su audacia. No sólo fué a las ciudades sino

que estuvo entre las tropas peruanas, entre su oficialidad, cerca de sus jefes, para luego transmitir al Gobierno chileno informes interesantísimos.

Suena un timbre. Mister Jones abandona un instante la pieza y, tan pronto vuelve a su asiento, nos dice:

—De regreso de estas comisiones volví al Parque otra vez y cedí los ochenta trabajadores que tenía para que los engancharan en el ejército y me fueron dados, en cambio, ciento cincuenta prisioneros peruanos, que tuve a mi cargo un año. De noche iban a dormir en el Presidio, que estaba al frente... Después de la vuelta del ejército del Perú, cuando volvió el general Baquedano, tuvimos un gran banquete en el Parque Cousiño de cinco mil cubiertos, para celebrar la llegada del Ejército.

—¿Qué le pareció, Mister Jones, el fin, el resultado de la guerra del Pacífico para Chile?

Me mira con cierto asombro, Mister Jones, a los ojos, como inquiriendo más aún en el fondo de lo que le pregunto; luego, rápido, seguro, me contesta:

—A mi juicio, si don Aníbal Pinto hubiera estado un año más en la Presidencia y conociendo las ideas de Su Excelencia, hoy día la bandera chilena flamearía en La Paz. Por debilidades del Presidente Santa María y de sus consejeros no se cumplió el deseo de don Aníbal Pinto, pues el ejército vencedor debía haber ido hasta La Paz y no a la Araucanía chilena.

—Entre tanto, durante ese tiempo, ¿tuvo ocasión usted de tratar a menudo a don Isidoro Errázuriz?

—Don Isidoro, mientras duraba la guerra, estaba en el Perú y era él quien me instigaba en todas las comisiones que me encomendó el Presidente Pinto. Nuestra amistad siguió como siempre hasta que él volvió y tomó parte importante en los Ministerios del Gobierno Santa María. Un día, estando en su palacio del Camino de Cintura, fué llamado a la Moneda y el señor Santa María le encargó formar Ministerio. Volviendo don Isidoro a su casa dijo:—Yo no quiero ser Ministro del Interior. Voy a llamar a Pedro Montt y le diré que él tome esa cartera y yo tomaré la de Guerra. Entonces yo le dije:—Va mal. ¿Por qué no toma usted la de Justicia, que es más tranquila. Pero me parece que él tomó el Ministerio de la Guerra con el objeto de



dente de la República, siendo don José Manuel Ministro del Interior de Santa María.

—Respecto de la actuación de don Isidoro entonces, ¿qué recuerdos conserva?

—Que por ese tiempo, cuando se promovió la cuestión del Registro Civil, fué don Isidoro uno de los que más abogaron en su defensa. Entonces me comisionó a mí a fin de que hiciera una manifestación liberal. Dicha manifestación fué formada por mil jinetes de a caballo, estando al frente de ellos yo como su comandante. Se hizo un gran estandarte donde se leían estas palabras "Unión Liberal". Iba llevado por dos hombres de a caballo, dos porta-estandartes que lo sostenían a través de toda la calle. Adelante marchaban diez hombres que tocaban clarines, todos disfrazados de huasos, y más atrás venía yo con mis diez jinetes que formaban el estado mayor. Seguían mil hombres de a caballo de a cuatro en fondo. Llegamos al Congreso y lo rodeamos y estando todo rodeado llegaron va-

rias personas, que encabezaba Juan Rafael Allende, para darle chicha, empanadas y otros comestibles a mi tropa. Esta manifestación era para intimidar a los contrarios: se hizo correr las voces que el diputado que no apoyase la ley del Registro Civil iba a ser degollado al salir del Congreso. Estando situados frente al Congreso se formó un grupo de estudiantes en la calle de Bandera, frente a Compañía, que encabezaba Carlos Concha Subercaseaux. Empezaron a gritar: "Viva el comandante Guatón Pérez Jones (como no podían decir Peers Jones decían Pérez Jones), y que vivan todos los desencamisados que lo acompañan". Al salir el Presidente del Congreso y don José Manuel con él, como Ministro del Interior, tomamos puesto de preferencia en seguida del coche, siguiendo por la calle de la Bandera hasta la Moneda, y al subir Su Excelencia a los balcones de la Moneda mi ayudante de campo, José Antonio Parraguez, le hizo un gran discurso, que le fué contestado por don José Manuel Balmaceda. Ahí esperamos hasta que bajó don José Manuel y fuimos a dejar el coche de Gobierno hasta su casa, seguido por toda mi gente. Llegado a su casa don José Manuel, la gente de mi estado mayor pronunciaba una serie de discursos. De ahí salimos hasta el Matadero Público, donde teníamos preparado un gran banquete para mis jinetes, que estaban todo el día de a caballo. Todos, al partir por la calle de San Diego, en dirección al Matadero, llevaban muy buen orden hasta llegar al Camino de Cintura, y al embocar el Camino de Cintura a la calle de San Diego encontramos a un arriero que traía como cincuenta chanchos. Ahí la disciplina se perdió por completo y comenzó una vertiginosa carrera por ver quién llegaba primero al Matadero, donde hubo abundancia de comida, vino y chicha. Al entrar al primer patio del Matadero todos echaron pie a tierra. Entonces, mientras todos iban a comer, yo hice desensillar, guardar las monturas en las bodegas y largar los caballos, pues temí que

Señor  
Wharton Peers Jones

*En el desempeño de la comision que como jefe de la policion de los partidos políticos existentes en el Puro a para, se le ha en el el regimen constitucional, he confiado a Ud. queda Ud. autorizado para a. hacer en mi nombre, celebrar los contratos, y contraer las obligaciones que ella demanden, siendo aquellos, y las respetados a cumplir, del por mi, o por cualquiera de los partidos coaligados, una vez que yo sea el poder en el Puro*

*Y para que la presente autorizacion sea de unida de credencial suficiente, la otorgo en la ciudad de Valparaiso a los ocho dias del mes de Mayo, de mil ochocientos noventa y cuatro firmada por mi y ratificada por el Secretario de la coalicion*

*J. de Fierro*

*Peers Jones*

Autorización dada por Piérola a Mr. Jones cuando fué su agente confidencial

1894

si estos hombres bebían mucho podían hacer daños en la ciudad, en grandes cabalgatas. Los caballos fueron guardados en el Llano Subercaseaux. Al salir los comensales gritaban: —Vamos a saludar a don José Manuel Balmaceda. Vamos a echar a bajo las casas de los pechoños... Felizmente yo tenía un coche listo y me escapé a darle cuenta a don Isidoro de mi comisión, mientras toda la gente se encontraba sin caballos. En vista del buen éxito que había tenido en mi encargo, don Isidoro me dió un banquete, al que asistieron cincuenta partidarios de la ley del Registro Civil, entre diputados y funcionarios públicos. El diario "El Independiente" me trató con dureza al día siguiente y hubo voces que dijeron que por qué no colocaban la bandera inglesa en la Moneda, ya que permitían a un inglés que se pasease por las calles de Santiago dirigiendo una manifestación.

—¿Inmediatamente después comenzaron los trabajos para la candidatura de Balmaceda?

—Sí. Desde esa fecha se entró de lleno a trabajar por la candidatura de don José Manuel. Fui comisionado por la junta de amigos que quería proclamar a don José Manuel para que me hiciera cargo de establecer los chochones necesarios para preparar la propaganda política. El primero de ellos fué establecido en la calle Chiloé, saliendo para el Camino de Cintura y en este chochón se reunían los principales partidarios de don José Manuel: los Edwards, los Besa, los Bernales, Eduardo Mac-Clure, Bañados Espinosa, etc., etc. Una de las reuniones que se verificó fué muy célebre: los comités encabezados por don Isidoro Errázuriz opinaban que su candidato, don José Manuel Balmaceda, debía pagar todas sus deudas antes de subir a la Presidencia. El resultado de esto fué que don José Manuel vendió el valioso fundo Naltahua de San Antonio al carnicero inglés de Valparaíso don Dionisio Madem y la sucesión de dicho señor lo vendió a don Jorge Matte. Todo quedó cancelado de este modo y, como usted sabe, el triunfo de la elección fué para don José Manuel. Recuerdo que el día de la votación el vocal de la mesa Juan de Dios Dinator, en la esquina de la calle San Diego y Camino de Cintura, que debió de almorzar muy bien y había bebido, se fué frente a la iglesia del Llano Subercaseaux y se puso a insultar al clero. Entonces fué muerto por una bala de carabina, que pa-



Retrato de don Julio Bañados Espinosa, con quien fué muy amigo Mr. Jones

reció provenía de la torre de la iglesia. Era el cura de la iglesia el señor Prado, con quien yo tenía amistad, pues le había conocido como sota-cura en la iglesia de San Lázaro. Ese día catorce urnas fueron preparadas con votos falsos y gracias a eso se debió no poca de la enorme mayoría que sacó el ex-seminarista don José Manuel Balmaceda.

—De sus amistades de aquellos años, ¿a qué otra persona recuerda haber conocido?

—Durante mi estada en el Parque tuve ocasión de conocer a don Eleuterio Ramírez y su familia, al coronel Barboza, no don Orozimbo, que iba al Parque muy a menudo a verme y tocaba muy bien la guitarra y cantaba canciones muy interesantes, pero siempre con mucha pena, porque por ese entonces habían ascendido a otro al grado de coronel postergándolo a él cuando le correspondía. Y, quién lo creará, el coronel murió de pena por ese desaire, que le afectó profundamente.

—Después de la campaña para la elección presidencial de don José Manuel Balmaceda, ¿cuáles fueron las relaciones de don Isidoro Errázuriz con el Presidente?

—Al mes que subió don José Manuel Balmaceda a la Presidencia parece que pronunció estas palabras, según me contó don Isi-

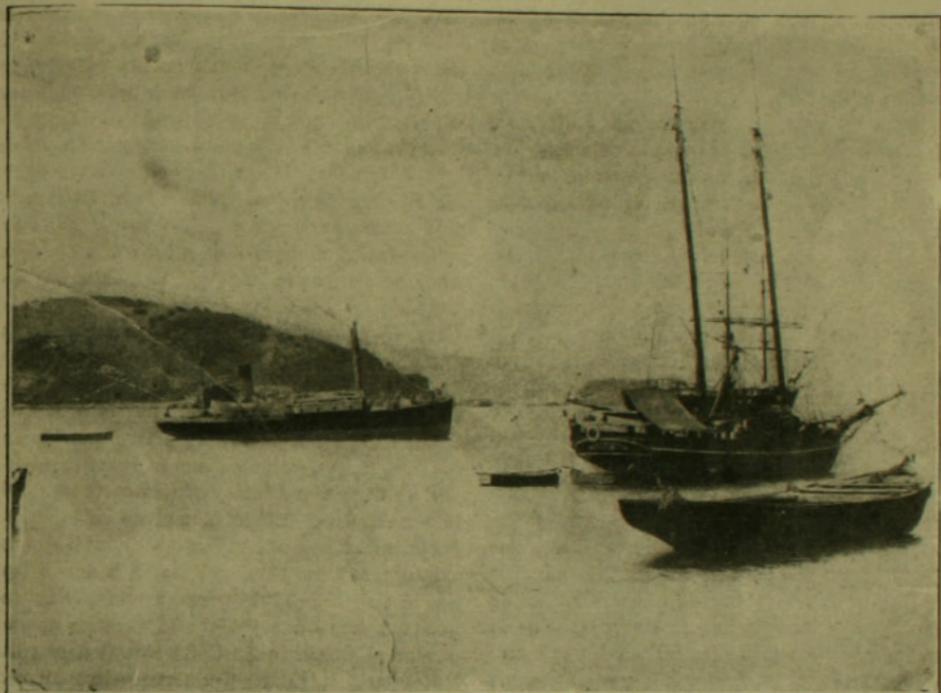
doro Errázuriz, en una comida dada a sus amigos íntimos: "No tengo que cuidar mucho de mis amigos, pues estoy seguro de ellos. Tengo obligación de atender mucho a mis enemigos..." Don Isidoro me dijo, cuando llegó después de la comida: "—¿Qué le parece, gringuito, con lo que sale Balmaceda después de nuestros sacrificios para hacerlo proclamar Presidente?" A don Isidoro no le cayó bien lo dicho por don José Manuel Balmaceda. Recuerdo que me agregó: "—Vaya a buscar a Acario Cotapos, que era diputado por ese entonces (y hacía entre los liberales de loro en la Cámara, pues era el encargado de hablar cuando se trataba de algún asunto oficial). Don Isidoro le dijo a Cotapos que fuera a ver al Presidente, a fin de pedirle explicaciones sobre las palabras referentes a sus amigos y enemigos. Cotapos fué y luego volvió trayendo la explicación de que Balmaceda no le daba importancia a esas palabras, pues eran **palabras, nada más**. El resultado de esta primera desavenencia fué que, tres días después, se publicó en el "Diario Oficial" un decreto firmado por Balmaceda, indicando que, en lo futuro, todos los trabajos que mandaba hacer el Gobierno tenían que ser hechos por licitación pública. Este fué nada más que un golpe dado contra don Isidoro, que en ese tiempo tenía todos los contratos de impresiones, y había adquirido para este objeto maquinarias en Europa. De ahí le provino el sobrenombre a don Isidoro de **El Condorito**. Don José Manuel Balmaceda, por intermedio de una tercera persona que no le dijo a don Isidoro que iba de parte del Presidente, le insinuó la idea de que fuese a Europa como Ministro o como agente general de colonización en lugar de Benjamín Dávila Larraín, que había sido llamado por Balmaceda. Don Isidoro me mandó a buscar un día al Parque, invitándome a comer: "—¿Qué le parece—me dijo;—me quieren desterrar una segunda vez de mi patria?...". Porque, como usted sabrá—nos dice Mister Jones—ya había estado en el destierro en Mendoza. Como yo le preguntara la causa de su queja, él me refirió lo que le habían propuesto, indirectamente de parte del Presidente. Yo le contesté que él estaba designado como el candidato para la futura diputación por Valparaíso y, por lo tanto, era difícil que pudiera salir del país y al mismo tiempo le hice la

observación que faltaba un año y meses para dichas votaciones, y bien podía él aceptar por ese tiempo el cargo de agente general de colonización. A los dos días después volvió el intermediario de don José Manuel Balmaceda y don Isidoro aceptaba el cargo, con la condición de que yo tenía que irme con él como secretario. Balmaceda aceptó. Era Ministro de Relaciones Eduardo Matte y a él le correspondía la redacción y firmas de los decretos. Como había muchos candidatos para ese puesto, el pelambre en contra de don Isidoro Errázuriz fué abundante. Mucho se tardó en firmar el decreto: mañana y mañana, y no llegaba nunca ese mañana. Yo, por casualidad, fuí una noche a tomar el te en casa de don Manuel Antonio Matta y allí estaba también don Eduardo Matte, junto con varios otros. Don Eduardo no me conocía personalmente, pero de nombre sí. Uno de los asistentes le dijo en broma a don Eduardo: "—¿Qué hay don Eduardo, cuándo va a firmar el nombramiento del Condorito?" Parece que esto incomodó a don Eduardo. Se paró de su silla, y levantando el brazo derecho, dijo: "—¡Prefiero que me corten la mano derecha antes de firmar ese decreto!" Al salir yo del te tomé un coche y me fuí en el acto al palacio de don Isidoro Errázuriz. Estaba en cama, durmiendo. Lo desperté y le dije: "—Don Isidoro; no me voy a Europa yo." Y él, despertando sobresaltado, me contestó con rabia: "—¡Qué me importa a mí, gringo bruto, para que me vengas a despertar a esta hora!" Entonces yo le repuse: "—¡Y usted tampoco va!" El, con sorpresa, se incorporó en la cama y me dijo: "—¿Qué dices?" Entonces yo le conté cómo acababa de tomar té en una casa de la calle Huérfanos y allí don Eduardo Matte había dicho que prefería que le cortaran la mano derecha antes que firmar su nombramiento. Se dejó caer de la cama, rugiendo como un león y se quedó como diez minutos sin hablar palabra. Luego me dijo: "—¡Esta es declaración de guerra, de veras!" Y comenzó a pensar en los pasos que se podían dar desde el primer instante. Quedamos de acuerdo en que no quedaba otro remedio que formular una interpelación al Ministro Matte con cualquier pretexto. Entonces me encargó ir a buscar a Acario Cotapos en el acto: no importaba que fuesen las dos de la mañana. Era preciso traerlo de

donde estuviera y a la hora que fuese. Llegué a las tres y media de la madrugada con él a la casa de don Isidoro, donde tuvieron una conferencia que duró más de una hora, quedando acordada la interpelación a Eduardo Matte para primera hora del día siguiente. La interpelación fué tan agria, le dijo Cotapos cosas tan gruesas a Matte, que éste renunció inmediatamente. Salió sólo don

de su vida a quien siguió en todos los instantes, a quien no abandonó un momento ni en los ratos en que la fortuna y la gloria le sonreían, ni en las horas en que las ingrati- tudes y el escarnio le vejaban, se dijera que le fortalece en el calor de aquel recuerdo, que llena la mitad de su existencia.

A trueque de interrumpir el hilo de esa ca- riñosa evocación y siguiendo el curso de su



El vapor "Stella" comprado por Mr. Jones en Buenos Aires para la revolución de Piérola-Billinghurst contra Cáceres. Dicho vapor hizo el viaje mandado en persona por Mr. Jones

Eduardo Matte del Ministerio y fué reem- plazado por don Juan Castellón, con la con- dición de que el primer decreto que firmara fuese el de don Isidoro. Ignoro yo si don Juan estaba en autos de esto, pero el hecho es que fué el primer decreto que firmó. Los enemigos no dejaron cosa por decir; pero el Presidente Balmaceda estaba resuelto a que don Isidoro saliese fuera del país, pues le te- nía miedo.

Dice Mister Jones con firmeza e intención estas últimas palabras. Sus pequeños ojos bril- lan como alumbrados por una súbita claridad interior: el recuerdo del grande amigo

vida año tras año. le preguntamos a Mis- ter Jones:

—¿Fué por esa época cuando usted realizó aquel acto, nunca lo bastante recordado, de salvar el tren de Valparaiso en la cuesta del Tabón?

Al oír estas palabras Mister Jones se con- funde visiblemente y, bien claramente se ad- vierte, que su modestia, sencilla, natural, no le deja hablar, acalla su voz. Calla Mister Jo- nes: sus labios no se entrecierran siquiera en una exclamación: entonces nosotros echamos a volar nuestro recuerdo hasta ese entonces y nos figuramos un tren de pasajeros, cuyos

frenos están abiertos y que, arrastrado por la velocidad vertiginosa, está a punto de despeñarse; nos figuramos todos los rostros febriles, ansiosos, que retratan el cercano terror de la muerte y el bello gesto del inglés que sube a lo alto del vagón y, con intrepidez bellamente heroica, aprieta los frenos, regula la marcha del convoy y salva tantas vidas; y, recordamos, por fin, un día alegre, cuando toda la sociedad porteña asiste a condecorar con una medalla especial al heroico Mister Jones, valiente, decidido hasta el sacrificio en bien de los demás y, sobre todo, de los chilenos.

Pero él calla, entre tanto; nada dice; sus labios están mudos. Le agrada solamente recordar a los demás, hablar de todos mecos de él y de lo suyo. ¡Bendita modestia, porque es una modestia sincera!...

Mister Jones nos mira, como interrogándonos. Entonces le preguntamos:

—¿Inmediatamente después de firmado su decreto partió don Isidoro a Europa?

—Antes de partir don Isidoro se le dió un banquete en el Hotel Central, al que asistieron senadores, diputados, amigos, políticos, y al que yo asistí como corresponsal viajero de "La Patria" de Valparaíso. Al día siguiente le dió también el Presidente Balmaeda un banquete muy hermoso, en el que yo me encontré. En la misma noche, a las doce, partimos en su break y siguiendo por la Cuesta de Chacabuco, con cuatro mudas de caballos, llegamos a Los Andes, a las 9 de la mañana y a las 11 de ese mismo día salíamos en dirección a la Argentina, por el camino de la Guardia Vieja, donde alojamos. Al día siguiente llegamos y alojamos en Juncal para salir al otro en viaje a Mendoza a alojar en Puente Inca, donde estuvimos cuatro días. Luego continuamos hasta Punta de Vacas, siempre en mulas y, partiendo a las 4 de la mañana de este lugar, llegamos a Uspallata a las 6 de la tarde: ¡jornada muy larga ésta! Cuando habíamos hecho las tres cuartas partes del viaje don Isidoro se cansó de tal modo, que no pudo seguir el viaje: fué menester que en las oficinas del cable de Uspallata consiguiese yo un cochecito, tilburí, para poder volver a buscar a don Isidoro, a quien había dejado en el camino mientras yo volaba en busca de auxilio. Llegamos a Uspallata muy tarde. Hice acostarse a don Isidoro después de llevarle media botella de

champagne y pasó la noche sin novedad. En el acto mandé un propio a Mendoza y, al otro día, pudimos hacer el viaje con más comodidad: don Isidoro partió primero en mula, junto con los arrieros y el equipaje hasta donde fuera a encontrar el coche que venía de Mendoza; yo me quedé arreglando las cuentas con el dueño del hotel, que se llamaba Juan Oro, un bicho muy interesante; y al pagarle la cuenta en oro, libras esterlinas, me faltaba plata sencilla y quise darle algunos billetes chilenos que me quedaban. El me había cobrado una cuenta excesiva y no sólo no quiso aceptar los billetes chilenos sino que se expresó de un modo grosero contra esa moneda. Sin más contestación le di una bofetada y lo tendí de espaldas, subiéndolo en seguida en mi cabalgadura. El mandó dos huasos para que me siguieran y hube de amenazarlos a éstos con mi revólver, hasta que, atemorizados, me dejaron en paz. Alcancé entonces a don Isidoro y llegamos sin novedad a Mendoza. Entramos a las 4 de la tarde a Mendoza, y alcanzamos a ver la casa en que había vivido don Isidoro durante su primer destierro, y de la que partió el mismo día del gran terremoto; un amigo, con quien viajaba en ese entonces, no lo quiso acompañar de regreso a Chile y ahí lo sorprendió el terremoto, encontrando la muerte en la casa, en la misma noche... Esa noche, a las ocho y media, salimos para el Rosario, a donde iba con el objeto de revisar las colonias de Santa Fe, pues tenía don Isidoro el encargo de informar al Gobierno de Chile sobre su estado. De Rosario seguimos a Buenos Aires, donde don Isidoro Errázuriz fué saludado con mucho cariño por todos los diarios.

¡Ah! ¿Cómo recordar todas las curiosas incidencias que le sobrevinieron a don Isidoro en la metrópoli argentina? El, que de buenas ganas hubiera pasado inadvertido, de incógnito, con la dulce carga de una compañera, se veía saludado por la prensa, agasajado en los salones, de festejo en festejo, de visita en visita. El pícaro destino le jugó más de una bonita partida, llevándole sorpresas que él no soñaba. Pero, Petronio siempre, siempre elegante y siempre magnánimo, don Isidoro en ningún caso se veía confundido ante la vida por fieras y difíciles que fueran las emboscadas que ella le tendía.

La dulce sombra de un amor prohibido, la delicada mano femenina de quien mucho le

quiso, le obligó a partir de Buenos Aires, casi de sorpresa, entre dos luces y en el primer vapor en el cual le fué posible obtener pasaje. Partió hacia Europa lleno de sobresaltos, dejando tras él coronas de rosas que esperaban su sien y copas temblorosas que deseaban saludar su nombre en las sobremesas de magníficos banquetes. Pero Petronio se cobijaba a la sombra de una vela latina y se hacía al mar, en busca de las lejanas islas de oro distantes y llevando su amorosa carga, que era como la ilusión de toda su juventud.

—¿Cuántos días permanecieron en Buenos Aires?—le preguntamos a Mister Jones.

Y él nos responde inmediatamente:

—No recuerdo precisamente, pero fueron pocos. Salimos de Buenos Aires precipitadamente, donde no pudo aceptar don Isidoro un banquete de quinientos cubiertos que le querían ofrecer. Nos embarcamos en el "Porteña", con destino a Dunkerke, buque donde sólo iban veinte pasajeros de primera clase, la mayor parte franceses. Yo, como secretario de un hombre como don Isidoro, debía saber francés, pero no lo sabía. Al segundo día de partir de Montevideo, recuerdo que sobre la mesa del comedor había la mitad de una cabeza de ternera fría, con salsa. Entonces yo, por lucir mi francés entre los franceses, dije: "—Garçon, donnez moi la tête de vous"... Entre tanto, desde el extremo de la mesa don Isidoro, riéndose a mandíbula batiente, me decía: "—Vous êtes trompez, monsieur Jones. Vous désirez tête de beau; pas possible qu'on mange tête de garçon". Para qué le digo que estalló una risa general... El vapor nos resultó malísimo: tardamos más de cuarenta días en nuestro viaje. Poco antes de llegar, el descanso del eje del vapor estaba gastado y como no había a bordo metal con qué reponerlo, los mecánicos se encontraban en una verdadera aflicción. Entonces a mí se me ocurrió fundir todos los tenedores, las cucharas y cuchillos y así logramos reponer el forro y llegar a Dunkerke. Me regalaron, como recuerdo y agradecimiento de ésto, un reloj de oro y me devolvieron el valor del pasaje... Desembarcamos en Dunkerke y tomamos el tren rápido a París. Estuvimos ocho días allí y después nos fuimos a arrendar un chalet en Enghien les Bains. Al día siguiente yo salí a buscarle al secretario a don Isidoro, pues yo debía trasla-

darme como agente de propaganda a Inglaterra. Felizmente y por casualidad, andando como a las once del día por la Rue Castillon, me encontré con una persona conocida que me recomendó a un joven chileno, Nicolás Vega, que estaba empleado en el negocio de ese caballero. El joven Vega estaba en la miseria así es que el cargo que le dí fué para él como la salvación caída del cielo... Yo anduve, entre tanto, en Escocia, Gales, In-



Retrato tomado durante su viaje a la India

glattera, dando conferencias y contratando emigrantes para Chile.

Historia larga y minuciosa sería la de seguir en esta parte, paso a paso, las incidencias de los muchos viajes de Mister Jones. Sólo nos bastará con recordar que, después de su estada en Inglaterra se trasladó a Chile. Pero, oigamos sus propias palabras:

—Dejé a don Isidoro en París—nos dice—y volví a Chile, donde alcancé a estar dos días solamente para salir en viaje con pasaporte del Ministro de Relaciones chileno y del Cónsul inglés, con destino a la India, pu-

sando la cordillera cubierta de nieve. Al llegar a Los Andes el dueño del hotel me dijo que había una señora inglesa que urgía mucho pasar la cordillera para regresar a su patria tomando el vapor en Buenos Aires. Me agregó que se trataba de un gran personaje inglés y que deseaba partir pronto. En efecto, partimos con ella, pero al llegar a la parte de la cordillera que llaman Los Penitentes ella no quiso seguir porque el camino era muy peligroso y tuvimos que pasarla en peso. Más adelante, en el camino, también nos dió mucho que hacer a fin de que se apresurara, pues ya íbamos atrasados por su causa. ¡Ah, nunca volveré a aceptar cargos de esa especie, aunque se trate de personajes!

Un asunto de familia le obligó a Mister Jones a realizar un viaje a la India. La muerte de un hermano y el hecho de haber caído su fortuna en manos de gente extraña, poco escrupulosa; indujéronle a esa peregrinación verdaderamente infernal que, años más tarde, al darla a la publicidad en "La Patria" de Valparaíso, la titulaba así: "Viaje por la India Oriental, o sea seis semanas entre el cielo y el infierno, desde el 1.º de marzo al 31 de abril de 1889". Viaje pintoresco si lo hubo jamás fue éste de Mr. Jones, narrado sin pretensiones literarias, consignando día a día, hora tras horas, sus recuerdos e impresiones corridas en dos meses. El repetirá todo lo que ha pasado ante sus pupilas, con franqueza y absoluta sinceridad: como buen inglés que no presume de diletante no se maravillará sino ante lo que le ha emocionado hondamente: así después de visitar el monumento célebre de Taj y anotar que es considerado como una de las siete maravillas del mundo, escribe: "A mi modo de ver el Taj no vale ni la centésima parte de lo que se pregona". Si se encuentra en Mooltan y se dirige a visitar el templo y baño de Sham Fabrezi, en donde se bañan juntos hombres y mujeres completamente desnudos, traslada al papel esta curiosa nota de colorazonada con la pimienta del buen humor británico: "Y si alguien los mira con curiosidad—dirá de los bañistas—les gusta mucho esto, porque según su religión aquel que no se bañe, pero que presencie lo que hacen los demás, carga con los pecados de los bañistas, como que este templo teine por objeto lavar las faltas que hubieren cometido los naturales.

¡No es cierto que es éste un modo muy sencillo de descargar la conciencia de los pecados mortales o veniales? ¡Y qué bribones son los maridos que obligan a sus mujeres a bañarse en los lugares más públicos, con el objeto, probablemente, de que así queden más limpias sus almas de toda sombra de culpa! En efecto, en los afueras de la ciudad corre una acequia, donde se ve diariamente bañándose de 200 a 400 mujeres, jóvenes o viejas, hermosas o feas, que cuando divisan a un hombre blanco se apresuran a salir a la orilla y se paran ahí, como formando guardia de honor. Esta salida tiene por objeto que el europeo las mire, pues es éste el modo como, por arte de bilibirloque, los pecados de los que se bañan pasan a ocupar un lugar en la conciencia del que las ha mirado. Por mi parte, me detuve mas de veinte minutos a admirar tanta figura, ya ridícula, ya digna de un museo por sus hermosas formas. Ya sabe, pues, señor editor, cómo estoy cargado de pecados indios; pero qué le vamos a hacer!"

Después de su regreso de la India, Mister Jones corrió curiosas y frecuentes peripecias en sus nuevos viajes, ya fuera en Argentina, ya en el sur del país, donde, en una excursión célebre, en que acompañaba a don Isidoro Errázuriz, fué hecho cautivo por los indios hasta que consiguió se le pusiera en libertad, no sin correr antes curiosas peripecias.

Luego, en los días de la revolución del 91, fué encargado con delicadas misiones en Europa, donde vivió muchos meses prestando valiosos servicios a la causa revolucionaria.

—¿Cuál de entre sus recuerdos de su estada en Europa por aquellos años, le es más agradable?

—Uno de ellos no se me olvidará jamás, aún cuando no es nada de agradable y, antes bien, enojoso por haberse tratado de una misión nada de simpática. Resulta que se había depositado en el City Bank de Londres tres letras enviadas por Balmaceda a don Joaquín Godoy, por quince mil libras; las tres estaban vencidas en más de un mes y Godoy no las había cobrado. Cuando triunfó la revolución, don Agustín Ross le comunicó a la City Bank que, habiendo caído el Gobierno del Presidente Balmaceda, ese Gobierno no tenía fondos y el dinero depositado en la City Bank pertenecía a la nación chilena. Así es, pues, que cuando Godoy fué a cobrar las le-

tras se encontró con que no se las pudieron pagar por esta razón perentoria. Todas estas gestiones: de averiguar dónde estaba Godoy, cuándo iría a cobrar las letras, las cantidades a que ascendían, tuve que hacerlas yo, obrando como un sabueso.

—¿Tuvo usted alguna participación en Europa en las gestiones de compra del "Errázuriz" y el "Pinto"?

—Vi lo que sucedía y el fracaso de la partida del "Pinto". Cuando los buques estuvieron terminados se dispuso su partida. El "Pinto" fué varado al salir de Tolón: como no había comisión naval en París, Godoy me envió para que me hiciera cargo del buque (le advierto que yo había sido oficial en la marina inglesa), y después de algunos días de ordenar hacer un constante dragaje en el cieno que tenía detenido al buque, se consiguió libertarlo hasta que partió con diez días de atraso. El "Pinto" partió desde el mismo dique constructor sin remolcador ni nada: así es que su varadura se debió a un poco de torpeza que tal vez provino de un complot organizado ex-profeso para hacer retardar su partida.

Bruscamente interrumpe Mister Jones el hilo de sus recuerdos para decirnos:

—¡Pero he olvidado otras cosas más interesantes que puedo recordar y que ahora se me vienen a la imaginación! Va a ver usted. Terminado mi viaje a la India me fuí a Londres, donde me casé para regresar poco después a Chile, dejando a mi esposa en Inglaterra. Don Isidoro se había disgustado mucho conmigo porque no le esperé para que nos embarcáramos juntos, pues él llegaba a Chile también poco después. En su puesto fué nombrado don Pancho Gandarillas. Un mes y medio, poco más o menos alcancé a estar en Chile, cuando don Isidoro, de acuerdo con el Ministro de Relaciones Exteriores, consiguió que me nombrasen inspector de embarque de emigrantes dándome una carta de recomendación para don Francisco Gandarillas, que ya se había hecho cargo de su puesto.

Durante mi estada en Chile recuerdo que don Isidoro Errázuriz se encontraba en una situación económica difícil: le debía ochenta mil pesos al Banco Edwards y esta institución le urgía cada día para el pago de la deuda y le debía seiscientas libras a una casa vendedora de papel que se lo suministraba para "La Patria" de Valparaíso. Enton-

ces fué un día a donde don José Manuel Balmeceña y lo impuso de su situación pidiéndole su ayuda, a fin de que la Caja Hipotecaria se hiciese cargo de la deuda. Don José Manuel quedó de contestarle al día siguiente; acudió, en efecto, don Isidoro y parece



Ultimo retrato de Mr. Jones

que el Presidente se había consultado con alguien que influyó desfavorablemente en él. Entonces le negó rotundamente a don Isidoro su ayuda. Cuando volvió a su casa don Isidoro me dijo: "—Me ha negado su ayuda. No me queda otro recurso más que entregarme en brazos de sus enemigos para salvar mi situación y que no me rematen la imprenta." Algún tiempo después, y viendo que la situación económica de don Isidoro era cada día más apremiante, me fuí donde don Agustín Edwards, padre, y le expuse que le iba a pedir un gran favor para un amigo, gran pa-

triotra, que estaba en un trance apremiante. Cuando le expuse que se trataba de don Isidoro, me respondió don Agustín: "—¡Qué le pasa a Condorito!" Le conté lo de su deuda ante el Banco, lo cual facilitaba mi cometido, que no era otro que ofrecerle en venta la quinta y palacio de don Isidoro en doscientos cincuenta mil pesos. Aceptó el negocio, pudiendo quedar libre de sus compromisos don Isidoro.

Calla un momento Mister Jones. Arruga el entrecejo y, como buscando un recuerdo lejano, nos refiere la historia de su nombramiento como inspector de embarque de emigrantes en Europa. Luego, agrega, como reanudando el hilo interrumpido antes:

—A los siete meses recibí una carta de don Isidoro, donde me encargaba buscar, en mis viajes, dónde se podían comprar armamentos modernos: cañones de tiro rápido, rifles y municiones. Los precios y condiciones de pago. Entonces, en uno de esos viajes, me tocó descubrir el grande embarque de armamentos que estaban haciendo los boers en el Cabo de Buena Esperanza. Muchos de estos armamentos fueron comprados después para Chile por intermedio de Domingo Vega y otros. Yo en ese momento no tenía ni idea de que pudiese estallar una revolución en Chile: solamente sorprendí que don Isidoro estaba resuelto a desquitarse de don José Manuel Balmaceda. De pronto se recibió un cablegrama en que se ordenaba suspender la emigración para Chile. Entonces yo quedé de hecho suspendido en mi misión que tenía del Gobierno. A los pocos días tuvimos noticias de que en Chile había estallado la revolución, pero la escuadra aún no se había dirigido a Iquique. Entonces yo recibí otra carta de don Isidoro, en la que me comunicaba que me pusiera a las órdenes de don Augusto Matte y ayudara con todos mis esfuerzos para que el Gobierno francés no recibiera a don Joaquín Godoy como representante de Chile, pues llevaba credenciales para representar a Chile ante todos los Gobiernos europeos. En ese entonces M. Ribot era el Ministro de Relaciones Exteriores en Francia. Después de hacer algunas gestiones ante el Gobierno francés se obtuvo la consideración del Gobierno de que sería reconocido como Encargado de Negocios, mientras duraba la revolución, el primer secretario de la Legación, don Víctor Manuel Prieto, y yo quedaba como *attaché* de la Legación de Chile en París. En cambio, Godoy sólo tenía el carácter de agente del Presidente Bal-

maceda. Dos días antes que los revolucionarios tomaran posesión efectiva de Iquique, hubo necesidad de dinero para pagar algunas cuentas sobre los armamentos que se estaban adquiriendo. La contestación de Matte fué: "—Yo no doy ningún centavo ni ayudo de ninguna manera mientras no se hagan cargo de las salitreras los congresistas".

Por ese entonces don Agustín Ross estaba en Londres, trabajando por el partido congresista. La comisión naval de París se desbandó por completo: ninguno quiso tomar parte de ningún lado. Todos ellos se disculparon de que se le habían recetado baños y huyeron, como pretexto, dejando la oficina de la comisión naval desierta. Don Joaquín Godoy arrendó un departamento en los Campos Elíseos, cerca de la casa presidencial. Todas las noches se juntaban allí Carachilla Ovalle, Juan de la Cruz Cerda y dos o tres más que andaban a la pesca de noticias. La noche que llegó el telegrama del triunfo de Placilla, Augusto Matte estaba de visita: los telegramas se los dejaron sobre su mesa y como llegó muy fatigado sólo los leyó al otro día. En cambio, Godoy había recibido otro telegrama en que le anunciaban la victoria obtenida por Balmaceda. Esa misma noche organizó Godoy un banquete en un restaurant de los Campos Elíseos; pero, al llegar después del banquete a su domicilio, encontró una nueva comunicación en que le daban las verdaderas noticias.

Fatigado con el chorro ininterrumpido de esa charla constante que sube a borbotones a sus labios, Mr. Jones cesa de hablar, rendido, vivamente emocionado, tembloroso el acento.

Afuera el campo se incendia en un crepúsculo de fuego: mugen las vacadas, se tiñen de ocre los viñedos, largas filas de labriegos regresan de las faenas. De la tierra fresca asciende una ola a establo recién abierto. Y, entre esos perdidos rumores de la tarde desfalleciente, se escucha a lo lejos, ronca, en sordina, la voz del río que se arrastra, sobre su lecho de piedras.

Mientras Mr. Jones nos tiende la mano franca, afuera, en un corral vecino, un caballo relincha, relincha, como husmeando en el aire cercanas voluptuosidades.

Subimos al coche. Echan a andar los caballos. La casa de Las Mercedes se queda arrebujada entre los naranjos. Poco a poco el silencio de la tarde va entrando en nosotros...